

LOS ÚLTIMOS DÍAS MONTEVIDEANOS DE ONETTI

(APUNTES PARA UN EPISODIO DE SU BIOGRAFÍA)

PABLO ROCCA

Universidad de la República/(Montevideo, Uruguay)

Los hechos se han referido en más de una oportunidad¹. Puede decirse que, en síntesis, ocurrieron así: Nelson Marra (Montevideo, 1942) presentó el texto “El guardaespaldas” al concurso de cuentos organizado por el prestigioso semanario *Marcha*, durante décadas el órgano más influyente en la cultura uruguaya, fundado en 1939. El jurado estaba compuesto por Juan Carlos Onetti, la escritora, traductora y profesora Mercedes Rein (Montevideo, 1932) y el crítico Jorge Ruffinelli (Montevideo, 1943). Con el voto contrario de Onetti, quien rechazó como “*violencia innecesaria*” la que exponía la historia, el mencionado relato obtuvo el primer premio. Las clausuras del periódico muy hostigado por el régimen dictatorial uruguayo que se había instalado en el país el 27 de junio de 1973 –quebrando una larga tradición democrática–, la consecuente acumulación de materiales y la imprevisión de no haber leído esas páginas, llevó a que “El guardaespaldas” se publicara en el semanario en el verano de 1974, en los albores de una cruda represión². La historia narra el vínculo homosexual entre el comisario protagonista del cuento y su guardaespaldas, así como la

muerte violenta del jerarca a manos de una organización guerrillera. El episodio, lejanamente vinculado a la historia del comisario Morán Charquero, quien había sido ajusticiado por un comando guerrillero del Movimiento de Liberación “Tupamaros”, dio a las autoridades dictatoriales un argumento perfecto para cerrar la molesta publicación, para calificar el cuento de “pornográfico” y para desatar su furia contra los implicados.

Onetti y Rein fueron a la cárcel por un tiempo; Ruffinelli, ahora profesor en Stanford University, había salido días antes de la tormenta hacia México en usufructo de una providencial beca mexicana, de donde sólo volvería –de paso– a partir de 1985, una vez concluida la dictadura. El autor fue sentenciado por los militares bajo el cargo “*asistencia a la subversión*”, y le fueron reservados cuatro años de penitenciaría, cuatro años de tormentos. La noticia de la clausura y la detención apenas fue divulgada en ese otro febrero mucho más amargo que el anterior. El martes 12, el oficialista diario *El País* transmitió a la población la perspectiva del gobierno titulado un breve artículo en “Policiales” (y no en “Política nacional”): “*Publicación pornográfica: cinco detenidos*”.

Los integrantes de *Marcha* fueron sometidos a juez militar y posteriormente al Juzgado Letrado de Instrucción del Tercer Turno, por cuyo dictamen fueron liberados el 22 de febrero los dos miembros del certamen literario. Según nos indicara Mercedes Rein en 1992, las autoridades demoraron tres meses la liberación, de manera que tuvieron que esperar hasta el 14 de mayo de 1974 para salir del Sanatorio Etchepare, una costosa clínica privada para enfermos mentales –ubicada, aún hoy, en Bulevar Artigas y Avenida Millán– donde habían sido internados, bajo custodia policial y pagando ellos mismos los gastos de la internación. Esta medida o “concesión”, como se quiera, se debió a que Rein estaba en un estado bastante comprometido, convaleciente de una delicada intervención quirúrgica; Onetti, por su parte, se había descompensado tanto en los días en que permaneció en la improvisada cárcel del Cilindro Municipal (un estadio cerrado de básquetbol de Montevideo) como en la Jefatura de Policía. Esta última se encuentra en el centro de Montevideo y una de sus entradas da a una calle que hoy –con o sin ironía municipal– se llama Carlos Quijano, el más ilustre de sus compañeros de detención, el maestro de dos generaciones, el director del semanario del escándalo.

Sobrevivieron algunas anécdotas sobre la actitud de los militares ante el alud de reclamos internacionales pidiendo la liberación de Onetti, que van del pintoresquismo al grotesco³. Más de una vez oí contar a distintos receptores una historia diferente de las que se han publicitado. La misma refiere que un militar de alto grado en “Inteligencia” o quizá el mismo ministro del interior –el general Hugo Linares Brum– aturdido por los telegramas que desde todas partes llovían sobre su oficina, gritó furioso: “¿*Pero quién mierda es este Onetti que todo el mundo pide por él?*”⁴. No importa que las palabras sean exactas, el episodio sustancialmente es cierto.

Fue el propio Quijano quien a cuatro días de obtenida su libertad, tres meses y medio después de ocurrida la clausura predefinitiva del semanario y de iniciado el cautiverio, comunicó algunos detalles para los lectores de *Marcha* en un valiente editorial:

“El 9 [de febrero], en las primeras horas de la mañana Nelson Marra, Hugo Alfaro y nosotros, fuimos detenidos. Ese mismo día o el siguiente, también cayeron presos Juan Carlos Onetti y Mercedes Rein y requeridos Julio Castro, Gerardo Fernández y Jorge Ruffinelli [...] el domingo 24 de febrero a las tres de la mañana, nos despertaron en la jefatura y partimos con rumbo desconocido. Arribamos al Cilindro, y allí nos quedamos –Onetti y Mercedes fueron internados pocos días después, por razones de salud en un sanatorio– hasta el 14 de mayo a las doce del día”⁵.

El fallo del concurso se había demorado. El acta se publicó el 1º de enero de 1974 cuando debió haberse hecho, como algo muy tardío, a fines de noviembre del año anterior. Según lo consignó Quijano en el texto precitado, uno de los motivos de la tardanza obedeció a que Onetti había sido “*invitado especialmente a España*” (pág. 4, col. 1). Allí había permanecido casi un mes a partir de mediados de octubre. Fue ese su primer viaje a Europa después de dos lejanos y frustrados intentos juveniles: un adolescente deseo de “*conocer el socialismo en construcción*” de la Unión Soviética y otro, hacia 1936, para integrarse como voluntario en defensa de la República Española. Un deseo, este último, que hay que retener.

Dos libros realizados

En apenas tres meses habían salido dos libros de Onetti: el primero y el último que escribió. Tal curiosidad se debe al extavío de la novela *Tiempo de abrazar*, escrita hacia 1935 según explicó Jorge Ruffinelli, quien prologó la edición de este relato junto a todos los cuentos publicados antes de 1950, esto es: antes de la “fundación” de Santa María. El libro, editado por el sello Arca (propiedad de los hermanos Ángel y Germán Rama y José Pedro Díaz) salió de imprenta –informa el colofón– en enero de 1974, pero su proceso también fue lento. En 1988 nos relató el entonces administrador de Arca, Jorge Corrales, que una de las primeras tareas que hizo como mensajero –cuando empezó a trabajar en la editorial a los dieciséis años–, fue llevar las pruebas de página de *Tiempo de abrazar* para que el autor las corrigiera a mediados de 1973. “*¿Qué me traes acá?* –inquirió cordialmente Onetti–. *Esto no lo quiero. Decile al Beto [Oreggioni, entonces director de la editorial] que me mande una botella de vino*”.

En noviembre del 73, la editorial Corregidor de Buenos Aires había sacado el breve y complejo relato sanmariano *La muerte y la niña* (136 págs.), en el que –como ya se ha señalado–, se filtran algunas notas del contexto de la violencia política latinoamericana⁶. Entretanto, se preparaba la consagración tardía en el Viejo Mundo con un número especial de los *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid, N° 292-294, octubre-diciembre 1974, 750 págs.), dedicado enteramente a su persona y su obra, el primer vasto abordaje colectivo fuera de fronteras rioplatenses. Como caído del

cielo, este homenaje, en cuya elaboración tuvo un papel decisivo Félix Grande, significó una puerta abierta hacia la salvación⁷.

En la memoria del implicado los hechos de ese intenso periodo se superpusieron con algunas imprecisiones. Onetti había vivido años enteros en la morosa rutina de su casa, el trabajo en la oficina pública, alguna que otra hora en el bar y muy poco más. Todo se aceleró para él en los últimos meses de residencia montevideana, hasta el vértigo, hasta la demolición de los planes previsible que casi todos los hombres que se acercan a los setenta años pueden esperar. De ahí la confusión:

“Yo estaba viviendo muy tranquilo en Montevideo, hace años —evocó Onetti en 1985— cuando me mandaron los Cuadernos Hispanoamericanos, un número dedicado a mí. Yo ni soñaba que alguien en España me hubiera leído jamás. Porque yo no tenía editorial en España. Después me pidieron que fuera a España para un congreso sobre el barroco. Y ya empezaba la marea ascendente de los salvadores de la patria. Ya estaba la categoría de los ciudadanos, los A, los B y los C. Indudablemente yo era un C sin remedio. Y cuando vine al Congreso, me ofrecieron una beca para que me quedara en Madrid”⁸.

La decisión fue mucho más meditada, más estudiada y dolorosa de lo que deja traslucir su declaración periodística. Pero los meses de detención le dejaron una fuerte incertidumbre sobre su futuro o, más bien, lo único seguro que podía abrigar era la inseguridad. Omar Prego (Florida, 1927), quien pudo entablar amistad con Onetti en la vecindad de su residencia parisina, donde se encontraba un año antes que el Maestro llegara a Madrid, nos relató hacia 1988 las renuencias del escritor para la evocación de su último año montevideano, su temor y preocupación vigilante ante la posibilidad de que los militares se apropiasen nuevamente del poder, obsesión que lo persiguió —como a la enorme mayoría de los uruguayos— por lo menos hasta fines de los ochentas.

Los últimos tiempos montevideanos

Onetti y su esposa Dorotea Muhr (Dolly) vivieron desde la nueva radicación en Montevideo, ocurrida en 1956 y procedentes de Buenos Aires, en el pequeño apartamento N° 24 ubicado en la esquina de la calle Gonzalo Ramírez al 1497, frente al Parque Rodó. Pero hacía mucho que buscaban una casa amplia y calma donde vivir, que a la vez fuese algo céntrica y bastante apartada del mundanal ruido. Acaso ansiaban el lugar donde Onetti pudiera pasar plácidamente la vejez, entregado a la escritura y al ocio. En una casa de la calle Bonpland N° 598, en el barrio de Punta Carretas, hoy muy remodelada, obtuvieron el refugio que colmó esas aspiraciones, el sitio del que seguramente pensarían no moverse más. Allí, algunos meses después de salir de la cárcel y a unos días de un exitoso regreso de Italia, lo visitó el crítico y editor Heber Raviolo (Montevideo, 1932), y así describió su nuevo domicilio y las costumbres de su habitante en la presentación que redactó para una entrevista de *Marcha*:

“El domingo pasado regresó de Europa Juan Carlos Onetti. No había ido precisamente en viaje de placer, sino a recibir el premio bienal que otorga el Instituto Italo-latinoamericano de Roma a la mejor novela latinoamericana traducida al italiano. [...] Dada la premura con que fue concertada la entrevista, llegamos al nuevo domicilio del escritor no sin ciertas inquietudes: Enrique Estrázulas nos acababa de hablar de una verja casi inexpugnable que había tenido que saltar el día anterior para poder llegar hasta Onetti. Pero esa tarde las barreras estaban levantadas y Onetti nos recibe con su cordialidad acostumbrada en la pieza de la casa en la cual casi exclusivamente se mueve como si quisiera convertirla en un sucedáneo del estrecho apartamento en el que viviera tantos años pese a los esfuerzos de Dolly, su mujer, por convencerlo de las maravillas reales de un fondo de frutales y verde a discreción”⁹.

Por otro lado, Onetti contesta las preguntas de su entrevistador sin su habitual ironía, casi como ofreciéndole a sus lectores y al Uruguay una triste despedida a la que, con todas las evidencias, entonces se resiste a admitir:

“– Se había hablado de que encarabas la posibilidad de irte del Uruguay. – Tengo una propuesta de España. También de Venezuela. Pero no tengo nada decidido. Eso de irse tiene sus bemoles. El corte de amarras, a mi edad... Si me voy es para morirme allá, entiendo bien. Y entonces siento que me tiran, me tiran, me tiran las ganas de irme, pero me tiran también las ganas de quedarme. Llegué en el avión y el coche me trajo por toda la rambla; era un día muy hermoso [...] Yo venía de París: lluvia, lluvia, lluvia. No tengo nada decidido”. (loc. cit., col. 3).

Pudimos obtener otra prueba contundente sobre las dudas que angustiaban al narrador sobre la decisión de irse del país. El 15 de marzo de 1974 recibió en el Sanatorio Etchepare la visita de la poeta Idea Vilariño (Montevideo, 1920), con la que había tenido una breve e intensa relación sentimental, y de la narradora y profesora Sylvia Lago (Montevideo, 1932). Esa misma noche Idea redactó un texto donde quiso registrar esa jornada antes que la memoria empezase con sus estragos (“*porque sí tengo amnesia*”, escribió). A fines de 1992 nos permitió leer dicho texto y copiar este pasaje:

“¿Siempre vivís en esa casa que yo nunca conocí? Esa casa está en gran parte de la novela que estoy escribiendo. Y las invitaciones –tres– a residir en España, pero no quiere, no quiere. Y la claustrofobia, cuando empezó a querer hablarle a los termos”¹⁰. (Destacado: P.R.)

España: un destino circular

Cuando todo esto ocurrió, Onetti todavía ocupaba el cargo de Director de la Biblioteca Central de la Intendencia Municipal de Montevideo, con el Grado 3, puesto en el que había sido nombrado el 2 de abril de 1957 por iniciativa directa del Presidente de la República Luis Batlle Berres, su amigo, al que dedicará tres años después *El astillero*. Todo parece indicar que después de lo vivido, y de acuerdo al delicado orden de los acontecimientos, Onetti quiso exiliarse. Por eso presentó su renuncia a partir del 4 de marzo de 1975, según consta en la ficha funcional que tuvimos ocasión de consultar. En esta, según consta:

“Exp. 207073. Res. 32949-24/6/974- I[ntendente] M[unicipal] dispone el reintegro de los haberes retenidos durante el lapso de su detención, establece que el titular fue liberado el 22/2/974, por no existir mérito para su procesamiento por delito militar alguno y del Juzgado Letrado de Instrucción del Tercer Turno.- SS”¹¹

Con certeza, entonces cumplió por última vez con el ritual cotidiano: salió de la oficina, caminó un par de cuadras hasta la esquina que forman las calles San José y Santiago de Chile, entró en el bar “Seminario” –ahora desaparecido– y se despidió de su dueño, un asturiano con quien había hecho buenas relaciones como prolongado parroquiano (“Carlitos” lo llamó cariñosamente, el propietario del bar, cuando lo entrevisté en 1992). El mismo día que le comunicó su próxima radicación en la tierra que ese hombre había abandonado hacia 1950, en ese mismo local pudo encontrarse con el político y periodista (y poeta) Luis Hierro Gambardella (Treinta y Tres, 1915-Montevideo, 1991), como solía hacerlo, a quien en la fecha que visité ese bar se lo recordaba con una fotografía recortada de un diario cualquiera, recostada contra unas botellas de alcohol¹².

La España de 1975 no era la de la libertad, como sí lo había sido el otro Uruguay para tantos miles de peninsulares que lo eligieron como destino. Franco, decrepito, agonizaba mientras Onetti bajaba del avión en Madrid por el mes de abril de 1975; Franco, retacón y vigoroso, había triunfado en 1939 contra los que pensaban como Onetti, contra las ideas que aquel joven montevidiano había querido defender con su vida. Pero como no pudo, poco después, enfermo de rabia, ensayó “*un cínico intento de liberación*” en su novela *Para esta noche* (1943):

“En muchas partes del mundo había gente defendiendo con su cuerpo diversas convicciones del autor de esta novela, en 1942, cuando fue escrita. La idea de que sólo aquella gente estaba cumpliendo de verdad un destino considerable, era humillante y triste de padecer”.

Llegar a la España del tirano era traicionarse un poco. Aunque las cosas estaban cambiando allí en forma radicalmente inversa a las de su país, cundía también la incertidumbre. ¿No tenía otra alternativa quien, como el Ossorio de *Para esta noche* había abandonado su patria? Pero las cosas variaron rápidamente y Onetti estuvo cada vez más lejos de Montevideo, despejando cada vez más la remota esperanza de sus amigos de tenerlo cerca. Por eso, cuando en 1981 recibió de manos del rey Juan Carlos el premio Cervantes, afirmó:

“En mi caso particular tengo más motivos que la mayoría para estar agradecido. Llegué a España con la convicción de que lo había perdido todo, de que sólo había cosas que dejaba atrás y nada que me pudiera aguardar en el futuro [...] He creído gracias a esta tierra generosa que todavía tengo algo que decir”¹³.

Con todo, no es improbable que haya manejado la posibilidad del retorno si –contra lo previsto– en España la situación política hubiese empeorado. Un suelto aparecido en el N° 10 de la revista *Maldoror*, firmado por “La

Dirección” (que entonces ocupaban Héctor Galmés, Teresa Porzecanski, Amanda Berenguer y Carlos Pellegrino), puede cimentar esta conjetura, puesto que dicha entrega “se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1975”:

“JUAN CARLOS ONETTI permanece en España, invitado por el Instituto de Cultura Hispánica, donde escribe su próximo «novelón» (que parece alcanza proporciones monstruosas).

Todos los que de alguna manera lo extrañamos no hacemos más que esperar su retorno; sin ocultar el malhumor por la aparición de este número [...] sin su colaboración debido sólo a nuestra desidia [...]” (p. 32).

Ese “próximo novelón” se llamó *Dejemos hablar al viento*, se publicó en su allá europeo en 1979, cuando la democracia española había dado muestras de buena salud, aunque le quedaría pendiente el asunto de la intentona golpista del teniente coronel Tejero y compañía, el último rebrote fascista que estalló en 1981. En aquel 1979 la apertura política uruguaya estaba lejana, ya Onetti había tramitado la ciudadanía española a fin de quedarse en una tierra por la que ansió pelear en 1936 y que lo adoptaría para siempre. Porque en 1985, cuando retornó la democracia a Uruguay, el electo presidente Julio María Sanguinetti lo invitó a su asunción de mando. Onetti se excusó por razones de salud. “Era una cosa política”, se confesó el narrador en una entrevista que le efectué en Madrid en marzo de 1993 en su apartamento de la madrileña Avenida de América. Pocos meses después, un jurado del Ministerio de Educación y Cultura lo distinguió con el Premio Nacional de Literatura. Su antiguo amigo y miembro de ese tribunal, el escritor Carlos Maggi (Montevideo, 1922) le comunicó el fallo telefónicamente. “¿Y qué tal si con esa plata del premio te comprás un pasaje para vos y otro para tu mujer y me vienen a ver aquí, a Madrid?”, fue la respuesta¹⁴.

NOTAS

- 1 Véase *Navegar es necesario. Quijano y el semanario Marcha*, Hugo Alfaro. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1984. *Juan Carlos Onetti (perfil de un solitario)*, Omar Prego. Montevideo, Trilce, 1986. “Uruguay: dictadura y redemocratización. Un informe sobre la literatura, 1973-1989”, Jorge Ruffinelli, en *Nuevo Texto Crítico*, Stanford, Stanford University, N° 5, primer semestre de 1990. *35 años en Marcha (Crítica y Literatura en Marcha y en el Uruguay, 1939-1974)*, Pablo Rocca. Montevideo, División Cultura de la IMM, 1991; (también en *Nuevo Texto Crítico*, Stanford, Stanford University, N° 11, Primer Semestre de 1993). “El testimonio de Mercedes Rein: el concurso, la cárcel, los adioses”, en *Brecha*, Montevideo, N° 370, 30 de diciembre de 1992 (Presentación de Pablo Rocca. Acompaña a una primera versión de este artículo). *Construcción de la noche. La vida de Juan Carlos Onetti.*, María Esther Gilio-Carlos María Domínguez. Buenos Aires, Planeta, 1993. *Por la vereda del sol*, Hugo Alfaro. Montevideo, Ediciones de Brecha, 1996.

- 2 “El guardaespaldas”, Nelson Marra, apareció precedido por el antetítulo: “Primer premio del concurso de cuentos de Marcha”, y con el siguiente acápite: “Publicamos hoy el cuento ganador del Concurso de Marcha 1973. En breve, Biblioteca de Marcha editará un volumen conteniendo los dos primeros premios de ese concurso, así como los cuentos que obtuvieron mención en el mismo” (*Marcha*, Montevideo, N° 1671, 8 de febrero de 1974: 28). Por razones obvias ese volumen de cuentos nunca salió. La clausura definitiva del semanario se produjo después de la salida del N° 1676, del 22 de noviembre de 1974. Las principales figuras del semanario, que lo eran de la cultura del país, debieron exiliarse (entre ellos, Carlos Quijano, el director; Arturo Ardao, eminente filósofo y activo colaborador). Otros fueron encarcelados en numerosas ocasiones o por largos años, torturados; el secretario de redacción Julio Castro, desapareció a manos de las fuerzas represivas en 1977. Aún se ignora el paradero de sus restos.
- 3 *Juan Carlos Onetti (perfil de un solitario)*, Omar Prego, op. cit.: 100-102, con testimonio del escritor sobre los meses de internación forzosa en el Etchepare. “Rashomon en el Municipio de Montevideo”, aportes que recabó Ruben Cotelo de Carlos Martínez Moreno y Azucena Berruti: “Juan Carlos Onetti al borde de los ochenta años”, en *Lecturas de Alternativa*, suplemento especial de *Alternativa Socialista*, s/f, s/n, 1988: 6-7. Interesa en particular el testimonio de la funcionaria municipal (abogada y actual Secretaria General de la IMM), por su seguimiento del proceso judicial y su proximidad laboral con Onetti durante muchos años.
- 4 Numerosos artículos con firmas prestigiosas aparecieron en todo el mundo reclamando la libertad de los integrantes de *Marcha* y, muy especialmente, de Juan Carlos Onetti. Desde un artículo de Julio Cortázar (“El pueblo Onetti”), hasta el interesante paralelo entre el caso Solzhenitzyn y Onetti escrito por Félix Grande en la revista mexicana *Cuadernos para el Diálogo*, mayo de 1974.
- 5 En *Marcha*, N° 1672, 24 de mayo de 1974: 4.
- 6 Véase *Juan Carlos Onetti o la salvación por la escritura*, Omar Prego/María A. Petit, Madrid: Sociedad General Española de Librería, S. A., 1981: 157-161.
- 7 El voluminoso número contiene “Páginas de Onetti”, 18 poemas ofertados en su homenaje, más 46 artículos críticos inéditos y la segunda versión de la bibliografía de Hugo J. Verani. Onetti ha dado muchas muestras de gratitud hacia Félix Grande. Referiré sólo una de ellas que viene a cuento. En una carta dirigida a Juan Rulfo, fechada en Madrid el 20 de mayo de 1985, escribe: “El tortuoso fabricante de poemas y seductor diplomado que lleva, con vanidad incomprensible, el nombre de Félix Grande, sujeto que hace años destrozó, creo que para siempre, mi dichosa tranquilidad, tan apartada del mundo literario, se propone hoy hacer lo mismo contigo”.(Incluida en el número especial destinado a Rulfo con el título: “De Juan a Juan”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, julio-setiembre 1985, N° 421-423: 11).
- 8 Entrevista de Magela Prego en: *Juan Carlos Onetti ...*, Omar Prego, op. cit. pp. 108-109.

- 9 “Onetti: la vuelta del narrador premiado en Italia” (entrevista), Heber Raviolo, en: *Marcha*, Montevideo, Nº 1674, 8 de noviembre de 1974: 32.
- 10 El texto más extenso, aunque con varias omisiones y errores de transcripción –según verificamos en el original en poder de Idea Vilariño–, puede consultarse en *Construcción de la noche. La vida de Juan Carlos Onetti*, op. cit.: 199-200, parte biográfica redactada por Carlos María Domínguez.
- 11 Ficha personal Nº 21.199, Intendencia Municipal de Montevideo, Oficina de Personal.
- 12 Debo a la profesora Rosario Peyrou la pista para llegar a este dato. El mencionado bar cerró en 2000.
- 13 “La entrega del Premio Miguel de Cervantes”. Fragmentos de los discursos del rey de España y de J.C. Onetti, en *Correo de los Viernes*, Montevideo, año I, nº 7, 8 de mayo de 1981: 9.
- 14 Testimonio del Dr. Carlos Maggi comunicado al autor de este artículo en marzo de 1995, en Madrid.